

LA RELIGION COMO INSTITUCION EN LOS ESTADOS UNIDOS

El interés del sociólogo por la Religión proviene de dos hechos esenciales: primero, la religión es uno de los componentes que integran todas las culturas conocidas; y, segundo, porque en ella están contenidos muchos objetivos y funciones sociales que posean importancia fundamental para un análisis científico de la sociedad.

A medida que la investigación científica avanza y se conocen sus conclusiones, se hace más y más evidente a los cultivadores de las Ciencias sociales que el estudio de la religión como institución social resulta básico para comprender un complejo cultural.

Esto no quiere decir, por ejemplo, que la Religión sea la institución más importante de la cultura norteamericana. Poca observación se necesita para darse cuenta de que en los Estados Unidos lo fundamental es la economía, como la Religión lo fué en la India y la institución de la familia lo era en la China de la preguerra. Pero en todos estos países, como en toda sociedad conocida por la Historia y la investigación, constituyen necesariamente las religiones una de las instituciones principales.

En este sentido, institución religiosa no quiere decir iglesia y santuario, clero y jerarquía. La institución religiosa es un complejo de todas las formas de pensamiento y de conducta que se desarrollan en torno a la relación del hombre con lo sobrenatural. Dichas formas incluyen creencias, afirmaciones y valores; tipos de conducta moral, juzgados de acuerdo con las prescripciones de la ley divina; cultos que se ritualizan en las diferentes liturgias; e incluyen, finalmente, la estructura de las relaciones sociales a través de la que persiguen las personas sus objetivos espirituales.

La Religión es, por tanto, esencialmente social, y no sólo porque son personas que viven agrupadas las que la practican, sino

también porque la Religión impulsa determinados objetivos y funciones sociales. Este último aspecto es probable que sea la más sorprendente característica de la Religión en Norteamérica. Dicho en otros términos: el concepto tradicional de religión como una institución orientada hacia Dios, ha sido complementado en los Estados Unidos con el concepto de religión como institución orientado también hacia el hombre. No es esto tan nuevo o tan ingenuo como pueda parecer. Quizá los norteamericanos han sido sencillamente realistas en la apreciación del hecho de que la Religión ha sido con frecuencia interpretada en la Historia como servicio a personas y grupos.

Se reconoce profunda y ampliamente en nuestra cultura el valor de la Religión como medio para elevar la moralidad pública y para preservar la estabilidad y la paz, fomentando la tolerancia, amistad y mejores relaciones entre los hombres. Estos son «beneficios» para la sociedad, que no tienen necesariamente carácter conservador o negativo. Es un hecho que la práctica de la Religión resulta ventajosa para la persona, en el sentido de que el *status* social se fortifica en muchas comunidades por el hecho de pertenecer a una iglesia; se espera siempre que las personas honorables estén afiliadas a una Iglesia, y los consuelos de la Religión se invocan frecuentemente en épocas de desgracia personal, de enfermedad y desengaño, en los tiempos duros.

En el transcurso de su relativamente corta historia, la sociedad norteamericana ha desarrollado las siguientes formas institucionalizadas en relación con las actividades religiosas del pueblo.

a) A pesar de que la influencia religiosa en los Estados Unidos es predominantemente anglosajona y protestante, no hay una *Iglesia oficial*. Esto significa que no existe un grupo religioso organizado que reciba preferencia o *status* exclusivo por parte de la organización política. Esta «separación» teórica entre las dos formas de organización social fué establecida como principio básico en la primera cláusula de la «Declaración de Derechos», principio que debe ser entendido más como un desarrollo histórico y social que de ideologías legales y políticas.

En los orígenes del Gobierno de los Estados Unidos existían ya en las colonias norteamericanas una serie de grupos religiosos como eran los católicos, judíos y numerosas sectas protestantes. De estos grupos ninguno poseía miembros suficientes, prestigio o poder para proclamarse como religión predominante. La mayor parte

de ellos había tenido ya alguna experiencia de persecución religiosa en Europa, y no querían someterse a restricciones impuestas por otra religión, ni imponerlas. Se llegó así a una solución que por muchos fué considerada más como un compromiso práctico que como la solución ideal.

b) En el curso de la Historia y de manera particular en los últimos cincuenta años, se ha desarrollado un fuerte sentido de *libertad y tolerancia religiosas*. Las ventajas económicas animaron y atrajeron un gran número de emigrantes, sin que fuese tenida en cuenta su filiación religiosa. El concepto de libertad fué constantemente reiterado, aunque existieron a veces conflictos ocasionados por la intolerancia entre grupos étnicos y religiosos. Miembros de todas las religiones llegaron a los Estados Unidos; parte de las Iglesias se dividieron, y la consecuencia ha sido que aun en la actualidad ninguna Iglesia puede atribuirse la mayoría o el *cuasi* monopolio de los adeptos a la religión.

Así ha penetrado poderosamente en la opinión pública la idea de que no sólo es posible sino necesario promover la libertad religiosa. Es dudoso que jerarquía y fieles de cada Iglesia, aunque ésta fuese mayoritaria, desearan cambiar este estado de cosas. La tolerancia en materia de religión constituye un valor social y un ideal práctico profundamente arraigado en la cultura norteamericana, y sólo una reforma radical del modo de vida norteamericano podría disminuirla y suprimirla. El estado de competición y el valor social del «juego limpio», muy extendidos ambos en los Estados Unidos, favorecen más la libertad de conciencia que la conformidad a un *standard*.

Es preciso tener el cuidado de no idealizar esta delicada situación. Existen, como es natural, muchas personas con prejuicios en cada grupo religioso; otras, antagonistas de toda religión que no sea la suya. Pero la forma cultural y la estructura social de la sociedad norteamericana son tales que dificultan la discriminación, es decir, las expresiones exteriores de animosidad y prejuicio. Han sido establecidas deliberadamente algunas grandes organizaciones con la finalidad de combatir la estrechez de puntos de vista en materia religiosa manifestados en las diferentes áreas de las relaciones humanas, organizaciones que han visto aumentado su éxito a medida que encontraban nuevas técnicas para favorecer la paz entre las religiones diversas.

c) Como se ha indicado, *la diversidad de grupos religiosos*

constituye un hecho social aceptado en los Estados Unidos. Esto supone una cierta competición en el apostolado y consecución de conversiones, pero no quiere decir que la proliferación de las Iglesias sea siempre el resultado de grandes diferencias teológicas. Las diferencias doctrinales son entendidas de modo bastante claro por el núcleo de los miembros de las iglesias, aunque las causas sociales de separación parecen haber sido más efectivas y duraderas. La distinción no es tan sólo la que existe entre cristiano y judío, protestante y católico.

El fundamento de la distinción es a veces también filosófico, como en la división de los judíos en ortodoxos y reformados, de los protestantes en liberales y tradicionales; aun entre los católicos —aunque la Iglesia siga unida— existen grandes diferencias entre conservadores y progresistas. Pueden encontrarse vestigios de diferencias étnicas y religiosas, como las que existen entre luteranos alemanes y suecos. El regionalismo dividió las Iglesias, y así existían grupos del Norte y del Sur entre los metodistas, baptistas, presbiterianos y otros. Existen divisiones paralelas a las líneas raciales, y hay así iglesias protestantes cuyos miembros son negros exclusivamente, y dentro de la Iglesia católica existían parroquias aparte para los negros. También se producen distinciones de «clases»; por ejemplo, la Iglesia episcopaliana se considera la de las clases altas, mientras que las de las clases bajas acuden a las llamadas Iglesias «Holiness».

De un confin al otro de los Estados Unidos existen aproximadamente 256 organizaciones religiosas diferentes. Alrededor de 200 son grupos muy reducidos, que comprenden sólo el 3 por 100 de la totalidad de los fieles de las Iglesias. Por tanto, una quinta parte de las mismas poseen el 97 por 100 de los fieles. Como corporación unida, la Iglesia católica es la mayor de todas, pues tiene aproximadamente treinta millones de miembros, pero existen también doce grandes Iglesias protestantes con un millón de miembros cada una.

Si se considera aceptable la hipótesis de que las diferencias teológicas son históricamente menos importantes para la división de las Iglesias que los factores políticos, económicos, nacionales y culturales, se pueden entender los cambios que se están operando en la actualidad en la religión como institución en Norteamérica. Se observa un giro hacia la consolidación de las Iglesias. La influencia del emigrante no es ya poderosa, las diferencias entre las

sectas se van debilitando, la segregación racial está siendo suprimida con rapidez, y el desarrollo de una clase media numerosa ha disminuído la distinción económica de clases. Las llamadas «Community Churches» están abiertas para todos; la Iglesia metodista del Norte y la del Sur se han unido; el Consejo federal de Iglesias intenta llevar a todas las Iglesias protestantes al seno de una unidad flexible.

d) Con una tal diversidad de religiones, es obvio que exista asimismo una *variedad de estructuras de organización*. Unas ochenta Iglesias poseen «forma episcopal», en el sentido de que se hallan más o menos controladas por un clero y una jerarquía. Alrededor de cincuenta de nuestras Iglesias actúan bajo «forma presbiteriana», en la cual las congregaciones individuales se encuentran federadas en una especie de sínodo. Aproximadamente un centenar de Iglesias tienen estructura «congregacional», es decir, el voto de los fieles ejerce control efectivo sobre la administración. Las restantes organizaciones religiosas son —más que Iglesias organizadas, en sentido estricto— «movimientos».

Aunque existe gran movilidad entre los norteamericanos y se producen muchos «cambios» entre los miembros de las diferentes Iglesias, se puede afirmar que una persona tiende a pertenecer a la misma Iglesia a la que pertenece su familia, o a una en su localidad. Sin embargo, en el plano teórico puede decirse que la persona que seriamente busca solución al problema religioso encuentra en alguna parte de los Estados Unidos una Iglesia que satisface sus aspiraciones y gustos. Claro es que esto constituye un punto de vista subjetivo, como si la religión debiera ajustarse al individuo más que el individuo a la religión. Muchos norteamericanos adoptan la peculiar actitud de que la religión no es «verdadera» a no ser que alcance los *standards* personales y satisfaga las necesidades de cada cual. En la medida de esta actitud —y completamente aparte del problema de si es verdad o falsa— la religión como institución tiende a conformarse a la cultura norteamericana.

e) Muchos observadores consideran la cultura de los Estados Unidos como *materialista* y *secular*. Esto es lo que se debe esperar de una sociedad en la cual la institución más importante es la Economía. Sin embargo, la opinión de que la religión está perdiendo su importancia, o de que los norteamericanos se están volviendo indiferentes o aun antirreligiosos, no puede ser sostenida con seriedad. Es cierto que aproximadamente el 42 por 100 de

nuestro pueblo carece de filiación religiosa, pero muchas entre estas personas son «imperfectamente indiferentes», en el sentido de que son simpatizantes que se mantienen al margen, más que adeptos o adversarios de la religión.

Es discutible la afirmación de que Norteamérica se está volviendo secular. El interés religioso en nuestro país fluctúa con la paz y la guerra, la prosperidad y la depresión, y no resulta por ello fácil determinar las variaciones. Constituye, sin embargo, un hecho que el porcentaje de los miembros de las Iglesias se va incrementando; en 1920 tan sólo el 45 por 100, aproximadamente, de nuestra población estaba afiliado formalmente a una Iglesia; en 1950 esta proporción había crecido hasta casi el 58 por 100. Parte de este crecimiento es el resultado de una mejor propaganda, y quizá de la «competencia comercial» en la pugna por conseguir el apoyo de las masas. La asistencia a los servicios religiosos y de modo particular la participación popular en los mismos parece que va en aumento.

Dos características típicamente norteamericanas, el optimismo y la conciencia social, constituyen factores descoltantes en nuestra religión. La heredada y pesimista teología de la innata debilidad del hombre ha sido en la actualidad reemplazada por una actitud más cristiana, de esperanza alegre y llena de energía. Este cambio requiere un detenido estudio e investigación, pero es probable que represente una muestra más de la influencia que el medio cultural ejerce sobre una institución particular. El segundo cambio representó el desplazamiento de la importancia desde la concentración metafísica en un Dios trascendental hacia una orientación aplicada de la ética social.

f) Crudamente se dice algunas veces que «el Dios americano es el Dólar americano», en el sentido de que religión y economía se influyen mutuamente. No hay duda, en efecto, de que las Iglesias norteamericanas no reciben ayuda económica del Gobierno, y relativamente poca de los ricos. Esto supone que la Iglesia tiene que acudir al pueblo, que éste ha de realizar grandes sacrificios financieros, y que los ministros de la Religión tienen que consumir demasiado tiempo en la administración material y los asuntos comerciales. Las parroquias y congregaciones son empresas, y no hay por qué asombrarse si los superiores de las Iglesias se convierten en empresarios.

Desde otro punto de vista, puede afirmarse que Capitalismo

y Cristianismo han verificado una especie de «pacto para el trabajo» en los Estados Unidos. Esto significa que, tanto en las actividades religiosas como en los negocios se combinan el factor «negocio» y el factor «culto», «servicio». La gente tiende a considerar el éxito de la vida (y esto no es una actitud exclusivamente norteamericana) como un don especial de Dios. El hombre de negocios triunfante, que ha alcanzado el éxito mediante su habilidad y duro esfuerzo, ocupa una posición de reverencia que debería estar reservada a algún santo menor en una cultura orientada hacia la Religión.

g) Debe ser considerada, finalmente, la peculiar *relación entre Religión y política*. Es desde luego obvio que el mismo ciudadano que desempeña un papel en el mundo familiar, económico y religioso lo ostenta también en la institución política general. La persona que acude a la Iglesia es también un votante, paga impuestos, y participa de una u otra forma, en agrupaciones políticas. Como la Religión no se identifica en los Estados Unidos con ningún partido político, toda parroquia o congregación numerosa cuenta, por regla general, con miembros de los dos partidos políticos más importantes.

Esto tiene como consecuencia que el ministro de la religión tiene cuidado casi siempre en no demostrar en público partidismo político. Se siente libre para criticar abusos políticos públicos siempre que tengan aspectos morales, pero rara vez denunciará a un político por su nombre o a un partido político en particular. Es habitual, por otra parte, alabar al Gobierno cuando es posible, y señalar cómo en cierta manera la democracia y el cristianismo son particularmente congruentes. El ministro de la Religión está, sin embargo, sujeto a muchas sutiles presiones de los políticos locales, que lo consideran como un ciudadano influyente, con «muchos seguidores». El político busca votos dondequiera que éstos se hallen.

Estas observaciones acerca de la Religión como institución no son completas ni exhaustivas. Hay generalizaciones aplicables a la cultura global, pero están moderadas por ciertas corrientes que la atraviesan. Por ejemplo, desde la guerra un creciente número de jóvenes entran en los monasterios en busca de una vida contemplativa; la venta de libros espirituales y religiosos ha crecido de una manera sorprendente; varias de las universidades principales están prestando una mayor atención a las secciones de Teología y alientan los estudios teológicos; los programas de radio y televi-

sión incluyen temas religiosos; el optimismo ciego de los unilaterales partidarios de la evolución social deja sitio a una confianza en Dios más realista y equilibrada.

Quizá todo esto constituye un indicio del proceso de maduración de la cultura norteamericana. Pero no quiere decir que una sociedad como la de los Estados Unidos, que está tan engranada con la industria, los negocios y el comercio, conceda a la Religión como institución un puesto de preeminencia sobre la institución económica. Ni quiere decir que el compromiso para la acción entre la institución política y la religiosa vaya a ser alterado. La uniformidad variable de la conducta social cambia en el curso de las generaciones, pero en la sociedad norteamericana se encuentran completamente definidas las orientaciones duraderas de una cultura institucionalizada.

P. J. H. FICHTER, S. J.